

rro, no concluyes de aprender tu oficio de perro!

(*Mutis Gallo y Perro, por la izquierda.*)

ESCENA X

SEÑORA OVEJA y el LOBO.

LOBO.—Hable usted.

SEÑORA OVEJA.—La Cordera me dijo que usted la quiere. Y es tan inocente, que aún tuvo la candidez de preguntarme: «Si el Lobo me quiere, ¿por qué no he de querer al Lobo yo, señora madre?»

LOBO.—E hizo bien al preguntarlo. Toda juventud tiene derecho a un cariño verdadero, a uno suyo, no a uno que le impongan los demás. Y si ella prefiere el mío, ¿por qué han de oponerse ustedes?

SEÑORA OVEJA.—Por lobo.

LOBO.—Porque no fuera amor, sí; porque sea de un lobo, no. Amor de lobo o de oveja, de águila o de paloma, ¿qué más da, ni en qué lo diferencia usted, si por la tierra no han

sembrado los cielos más que un solo amor para todo lo que respira?

SEÑORA OVEJA.—Son diferentes.

LOBO.—¡Qué han de ser! ¡Los dioses, que supieron inventar muchas pasiones distintas, aún están con el amor en su primer invento, y cuando de adorar se trata, iguales son las fieras y los dioses!

SEÑORA OVEJA.—Serán, no lo disputemos. Pero ella no puede vivir en el cubil que usted le ofrecería, ni usted puede entrar en el cercano nuestro.

LOBO.—¿Ha venido usted a negar?

SEÑORA OVEJA.—Naturalmente: ¿voy a consentir...?

LOBO.—¡Hizo usted mal este viaje! ¡Admi-tiéndome, comprendo todas las masedumbres; rechazándome, no veo ya más que enemigos...; y si usted es mi enemigo, señora Oveja, hizo usted mal en llegar tan al alcance de mi mano!

SEÑORA OVEJA.—(*Espantada.*)—¡Señor Lobo... , usted debía renunciar...!

LOBO.—¡No! ¡Ceden los que se afanan poco, o los que no aprendieron más que a suplicar; pero los que tienen garras y dientes y corazón

para jugárselo en una sola jornada, cuando piensan en ceder es porque se han visto destrozados ya!

SEÑORA OVEJA.—¡Señor Lobo...!

LOBO.—¡No! ¡Como pueda y por donde pueda, dejando trozos de piel en las zarzas o en los muros, llegaré hasta ella para ser lo que ella disponga: más dócil y sumiso que las mismas ovejas o más feroz que los mismos lobos cuando mis lobos tienen hambre! ¡Y así la convenceré de mi amor, que siempre es buen querer el de quien busca a todo trance lo que quiere!

(Cogiendola.)

SEÑORA OVEJA.—(Espantada.)—¡No ha entendido usted bien! ¡No es que neguemos!

LOBO.—(Soltando.)—Ahora, ahora es cuando lo entiendo.

SEÑORA OVEJA.—Pero son tantos los que la pretenden... Podría casarse con un igual suyo y vivir a nuestro lado como sus hermanas.

LOBO.—Podría, si.

SEÑORA OVEJA.—Su padre quisiera que no se apartara jamás de nosotros.

LOBO.—¿Trabajando siempre...?

SEÑORA OVEJA.—Un señor pastor la ofreció llevarla al mercado cuando esté muy lucida y muy gruesa. Allí dicen que valemos mucho.

LOBO.—¿Y toda la suerte que le reserváis a mi cordera es una boda indiferente, un trabajo continuo o un mercado para venderla...?

SEÑORA OVEJA.—Nació oveja, y como oveja ha de morir...

LOBO.—¡Conmigo, no!

SEÑORA OVEJA.—¿Y si al fin la devora usted...?

LOBO.—Más valdrá que la devoren amorosa que no resignada o vendida. Aunque el final sea el mismo, en el camino que recorra irá ganando.

SEÑORA OVEJA.—Pero usted no puede venir a nosotros... Estamos muy bien mirados, nos consideran mucho, no sólo por nuestro modo de pensar, sino también por lo fielmente que se guardan las apariencias; y usted, señor Lobo, por su nombre y su reputación de lobo, va a ser piedra de escándalo...

ESCENA XI

DICHOS: *el SAPO, por el foro, va a sentarse en las piedras.*

LOBO.—¿No es más que eso...?

SEÑORA OVEJA.—Usted no podrá amoldarse a nuestras costumbres...

LOBO.—¿No es más que eso...? ¿Respetar el cercado como está constituido, las costumbres como ustedes las practiquen, hablar de lo que ustedes hablen y callarme lo que yo piense...? ¿No es más que eso? ¿Y a cambio el amor mío? ¿No es más que eso...? ¡Pues ya está, señora Oveja!

SEÑORA OVEJA.—Haga usted amistades con el señor Perro y él le dirá cómo ha de portarse para que yo pueda intervenir a favor de usted.

SAPO.—(*Burlón.*)—Croak, croak...

SEÑORA OVEJA.—Dejándose guiar, será usted pronto uno de los nuestros.

SAPO.—Dale tú a ellos los colmillos y la bravura tuya, y verás cómo eligen el ser lobos.

SEÑORA OVEJA.—¡Calla, maldiciente...!

SAPO.—Croak, croak...

SEÑORA OVEJA.—(*Llamando.*)—¡Señor Perro! ¡Señor Gallo!

ESCENA XII

DICHOS: PERRO y GALLO, *por la izquierda.*

LOBO.—De los vuestros soy.

GALLO.—Me alegro.

PERRO.—¿Te alegras...? Tú, que clavabas el pico y los espolones a cuantos gallos se aproximan al gallinero, ¿te felicitas de que entre el lobo en el rebaño...?

GALLO.—A los gallos, sí, que son mis rivales; pero al señor Lobo, teniendo ovejas, no le distraerán mis gallinas, y será uno más a defenderlas para mí.

PERRO.—¡Eres un egoísta...!

SAPO.—Uno, no; otro...

GALLO.—Y el pastor sabrá por qué le deja entrar...

PERRO.—Y tú lo sabrás muy pronto, cuando el instinto despierte en él, que el lobo muda los dientes y no las mientes.

LOBO.—¿Que no se cambia...? ¿Lo dices tú...?
Acuérdate, hermano Perro, acuérdate...

PERRO.—¡Yo no soy tu hermano!

LOBO.—¿Reniegas de mí...? ¿Tan distintos somos ya...?

SAPO.—¡Tanto...! ¡Tiene el pan seguro y tú no! ¿qué más distintos vais a ser...?

LOBO.—¡Calla!...

SAPO.—Consuélate, Lobo: también tú llevas camino de ser perro. Es más vil, pero es más práctico.

LOBO.—¡Calla!

SAPO.—Lo que tú haces, te parece bien, y porque yo digo lo que tú haces, ¿te parece mal?

LOBO.—¡Calla de una vez!

SAPO.—Croak, croak...

SEÑORA OVEJA.—Vamos a comunicar la buena nueva.

GALLO.—Vamos, que las pintadas y las moñudas extrañarán la ausencia de su Rey... y la falta de mis actos de soberanía.

PERRO.—Vamos a decirle al pastor que prepare un collar más...

LOBO.—Y volved uno a contarme con qué alegría me reciben.

GALLO.—Vendré yo, si te admiten. Si te rechazan, vendrá éste..., por si acaso...

(Mutis por la izquierda Oveja, Perro y Gallo.)

ESCENA XIII

LOBO y SAPO.

LOBO.—¡Ya es mío el amor, y ya se acabó la vida de miseria...!

SAPO.—No, no. Esa empieza ahora. Con libertad puedes tener hambre, pero miseria no la tienes sino con el pan tasado y con la sonrisa obligada para lamer la mano que te castigue.

LOBO.—¡Calla!

SAPO.—¿Y a esa miseria vas contento y regocijado?

LOBO.—¡Que te aplasto!

(Persiguiéndole.)

SAPO.—Croak, croak, croak...

(Escapa y mutis por el foro.)

ESCENA XIV

LOBO: GATA, *por el foro derecha.*

GATA.—Caballero Lobo... Tres veces he pasado por aquí, y ni una siquiera miraste tú a mi paso.

LOBO.—Estaría distraído: perdona.

GATA.—¿Qué tienen tus ojos que no ven...?

LOBO.—Habrán cegado...

GATA.—¿Qué tienen tus sentidos que no comprenden...?

LOBO.—Más ceguera aún...

GATA.—Caballero Lobo, no seas esquivo... ¿No valgo yo lo que una cordera insípida...?

LOBO.—¡Valer, valer...! Todos valemos más que todos, pero la cuestión está en lo que nos aprecian los demás.

GATA.—¿En qué me aprecias tú, lobo desdeñoso...?

LOBO.—Reconozco que eres linda, que eres traviesa, y hasta reconozco que hay en ti más atractivos, adquiridos por coquetería, de los que pueda tener mi cordera por naturaleza y

sin sospecharlos ella misma. En la comparación ganas tú.

GATA.—Como galán respondes, no como lobo.

LOBO.—Nada te falta para vencer; a quien le falta es a mi...

GATA.—¿Y qué te falta...?

LOBO.—Quererte, señora Gata. En lo demás le llevas tú ventaja a mi cordera.

GATA.—Adiós, entonces... No le digas al señor Zorro que hablé hoy contigo...

LOBO.—No se lo diré, pero escúchalo tú: en esto, te lleva también ventaja mi cordera.

GATA.—Mala suerte tengo... Adiós, caballero Lobo. Quizás otro día no se parezca a este día...

LOBO.—Quizás. Adiós, señora Gata.

(Mutis la Gata por el foro derecha.)

(Pausa: la escena a oscuras con un rayo de luna solamente: alumbrada de derecha a izquierda.)

ESCENA XV

El LOBO: la MARIPOSA, por la derecha.

LOBO.—Mariposita blanca, preferida de las buenas Hadas para ser mensajera de sus dones, ¿qué felicidad llevas...? ¿A dónde vas a posarte...?

MARIPOSA.—Déjame pasar; vengo triste.

LOBO.—¿Por qué...? Para tus alas frágiles es demasiado violento el aire. ¿Te persiguen los pájaros crueles?... ¿No hay jugos ya para ti en los lirios olorosos...?

MARIPOSA.—El aire es tibio, los pájaros me olvidan, el cáliz de los lirios abunda en sabroso polen...

LOBO.—¿Amarás tú, mariposita de alas azules...? En tu inquieto espíritu de flor voladora, ¿habrá ansias de amor...?

MARIPOSA.—¿Por qué no he de amar yo, señor Lobo, si para que yo naciera otras mariposas han amado ya...? ¿No sería mi destino ese...?

LOBO.—Pues cúmplelo.

MARIPOSA.—Deja que llegue la hora, que él

vendrá a mí sin buscarlo. Mi tristeza no es por eso.

LOBO.—¿De qué sufres...?

MARIPOSA.—Voy buscando a una hermanita mía, que desde ayer ha desaparecido, y la cornuja agorera me dice que debió morir abrasada en alguna luz.

LOBO.—También es ese vuestro destino.

MARIPOSA.—¿También ese...? Y como la pobre no lo sabía, quizás haya ido a quemarse... ¿Tú no la has encontrado...? Es igual que yo, blanca y de color de oro y brillar de rubíes...

LOBO.—No la encontré, mariposita.

MARIPOSA.—¿Qué pena, verdad, si fuese cierto...? Siendo tan fácil evitarlo, el que nos da la vida, ¿por qué no nos advertirá en dónde está la muerte...?

LOBO.—¿De qué serviría el advertirlo...?

MARIPOSA.—Mi pobre hermanita murió porque no hubo un alma buena que se lo indicara. Yo, como lo sé, en ese peligro ya no caigo. Mira si es sencillo el vivir...

LOBO.—Si, no es más que eso: vivir... ¡y para algunos resulta tan difícil...!

MARIPOSA.—Yo debía estar muy afligida por

esta desgracia tan grande, pero no sé qué atracción tiene el encanto de vivir..., y más aún que en la llama en donde se quemó la pobre, pienso en la llama de que me he librado yo. Soy muy mala, ¿verdad...?

LOBO.—No... Y si el ejemplo te sirve, puedes regocijarte.

MARIPOSA.—¡Oh, no!

LOBO.—Con pena de que fuese tu hermana, pero regocijate de saberlo. El peligro en que uno cae es el peligro que otra evita. Hay razón..., una razón feroz..., pero hay razón para alegrarse de que no sea uno mismo el que haya caído.

MARIPOSA.—¡Qué delicia poder volar por el campo esplendoroso...! Dispensa, lobo; tú que tienes la vista más aguzada: ¿no es aquello una luz...?

LOBO.—Sí, pero no vayas.

MARIPOSA.—¿Por qué...?

LOBO.—Puedes quemarte.

MARIPOSA.—Yo no, que estoy ya prevenida. Voy a verla de cerca.

LOBO.—(*Deteniéndola.*)—¡No seas loca!

MARIPOSA.—¡Qué hermosa es! ¡Cómo luce...!

LOBO.—¡No vayas!

MARIPOSA.—¡Déjame ir...! ¡Qué brillo más dulce...; ¡cómo atrae...!

(*Marcha.*)

LOBO.—¡Mariposita...!

MARIPOSA.—No temas, no temas por mí, que ya estoy advertida. Lo que deseo es verla de cerca nada más...

(*Mutis Mariposa por la izquierda. La luna ilumina la escena plenamente.*)

ESCENA XVI

LOBO: SAPO, *por el foro, sentándose en la piedra.*

LOBO.—¡Mariposita de alas azules, detente, no sigas, que vas a la muerte..!

SAPO.—Esta va a la luz como la Oveja viene a ti.

LOBO.—¡Y como tú eres Sapo!

SAPO.—Como yo lo soy: inevitablemente y a despecho mío. ¿Te figuras que por mi gusto no sería león, águila o lobo siquiera...?

ESCENA XVII

DICHOS: Oso y ZORRO, *por la derecha.*

OSO.—¿En qué habéis quedado?

LOBO.—En que acepto tus exigencias y me admiten en el rebaño.

SAPO.—Lo impuso el amor...

LOBO.—¡Calla, asqueroso, que en tus labios repugna esa palabra!

SAPO.—Más te repugnaré tu amada cuando el tiempo te quite la ilusión.

LOBO.—¡Calla!

OSO.—Hiciste mal. Tú tienes la fuerza: im-
ponte.

LOBO.—No: mi cordera sufriría.

SAPO.—Más sufrirás tú cuando te engañe con un cordero.

LOBO.—¡Calla!

(Al Zorro.)

Dale una manotada y échale de ahí.

ZORRO.—Tocarlo no, que me da asco.

(Al Lobo.)

Mátalo tú.

LOBO.—Yo no, que me estremece. Aplástelo usted señor Oso...

OSO.—¿Yo...? ¡Ni acercarme a ese bicho! No sé para qué andarán por el mundo estos seres que no destilan más que veneno y no causan más que desprecio...

LOBO.—De eso viven los sapos. Todos podemos pisotearlos, pero a muchos nos da repugnancia: y la repugnancia que dan es la fuerza que tienen.

SAPO.—Croak, croak...

OSO.—¡Déjalo...! Y has hecho mal, Lobo, has hecho mal...

ZORRO.—¿Por qué no te impones según te aconseja el señor Oso?

LOBO.—Lo he prometido, y el perro y el gallo, que lo oyeron, me desacreditarían...

OSO.—¿Por qué no te los comes...?

LOBO.—¡Señor Oso...!

OSO.—Por complacerte, ¿quieres que me los coma yo...? De mí nadie puede sospechar mala intención.

LOBO.—No, no. Aconséjame tú...

ZORRO.—¿Por qué no te la llevas...?

LOBO.—¿Contra su voluntad...? No.

ZORRO.—Llévatela, y si te remuerde la con-

ciencia, al cabo de unos días, devuelves la Cordera a sus padres.

LOBO.—No. Eso sería acción de...

ZORRO.—De Lobo, sí; de lo que eres.

LOBO.—No, de Zorro; de lo que no quiero ser.

ZORRO.—Aún queda otro recurso. Si el Perro y el Gallo te contrarían, ¿por qué no te los comes... después? Haz la boda, y luego haz esa justicia.

Oso.—Y convidáanos para formar tribunal... ¿Estáis conformes...?

SAPO.—¿No lo han de estar...? El Lobo y la Vulpeja, son de una conseja.

ESCENA XVIII

DICHOS: OVEJA, *por la izquierda.*

OVEJA.—Señor Lobo...

LOBO.—Dejadme, os lo suplico... ¡cordera mía...!

ZORRO.—Vámonos, señor Oso, que los amigos son para las ocasiones; pero en muchas ocasiones los que más estorban son los amigos.

Oso.—Y no pudiendo comérnosla...

ZORRO.—Por ahora no. Vámonos.

ESCENA XIX

LOBO, CORDERA y SAPO.

CORDERA.—Ya sé que eres muy bueno...

LOBO.—Cuanto me pidan los tuyos y cuanto mandes tú, lo acepto sin vacilar porque te amo y deseo inspirarte amor. Ven, corderita primorosa; acércate a mí confiada.

CORDERA.—Confiada me acerco, señor Lobo.

LOBO.—Dime que me quieres de amor...

CORDERA.—De amor te quiero...

LOBO.—Y ya segura de mí, olvídate de que soy un Lobo.

CORDERA.—Puesto que tú lo mandas, olvidémonos de que eres lobo, pero no te olvides nunca tú de que soy una Cordera.

SAPO.—Croak, croak...

CORDERA.—¡Huyamos de aquí!

SAPO.—Marcha, marcha..., yo te seguiré. Y aunque yo no te siga, por donde quiera que vayas encontrarás otros como yo...

LOBO.—Ven. Te amo, Cordera primorosa, y la vida es grata, que el amor todo lo idealiza.

CORDERA.—Te amo, Lobo, y la vida es hermosa, que el amor todo lo embellece.

SAPO.—¿Tan bello os parezco ahora, galanes míos...?

CORDERA.—¡Qué asco, ven...!

ESCENA XX

DICHOS, SEÑORA OVEJA y OVEJAS 1.^a y 2.^a

SEÑORA OVEJA.—¡Cordera! ¡Cordera!

OVEJA 1.^a—¡Hermanal!

OVEJA 2.^a—¡Hermanal!

SEÑORA OVEJA.—¡Apártate, Cordera! El pastor no permite que entre el Lobo en el rebaño, y el señor padre te maldecirá si le escuchas un momento más.

LOBO.—¿Os arrepentís después de humillarme? Responde tú, Cordera.

CORDERA.—Madre, amor no es cosa que se deja y se coge a voluntad...

OVEJA 1.^a—¡Hermana, déjalo!

OVEJA 2.^a—¡Déjalo, hermanita...!

SEÑORA OVEJA.—¡Temiendo que no obedieras, padre te ha maldecido ya, le pide al se-

ñor Sol abrasador que no te alumbre, a la noche que te niegue el sueño tranquilo, al prado que no te dé su hierba ni el arroyo sus aguas cristalinas... ¡No abandones a los tuyos ni elijas la vida infame del Lobo!

LOBO.—¡Responde tú, Cordera! ¡Responde tú, que ya siento por la sangre bullidora que vuelve a pasar impetuoso mi destino de Lobo, implacable, fiero...! ¡Responde tú, si no quieres que los muerda yo...! ¡Responde, responde...!

CORDERA.—Señora madre, yo no sabré dejar desconsolado al señor Lobo...

LOBO.—(*Abrazándola.*)—¡No digas más, que ya lo has dicho todo!

SEÑORA OVEJA.—¡Que en este momento mueres para nosotros!

LOBO.—Pero nace para mí y para el amor que hará nacer otras vidas. ¡Vámonos, Cordera!

CORDERA.—Vámonos, señor amor...

LOBO.—¿Lo oísteis...? ¿Lo oísteis bien...? ¡Ni Lobo me llama, me llama amor!

SEÑORA OVEJA.—¡No te vayas entre maldiciones...!

LOBO.—¿Unos te maldicen y otros te aman...? Aunque no tuvieras más razón para marchar-

te, ven conmigo ya. Con los que te aman,
Cordera, con los que te aman...

(Se la lleva por la derecha.)

SEÑORA OVEJA.—¡Cordera, cordera!

OVEJA 1.^a—¡Hermana!

OVEJA 2.^a—¡Hermanita!

SAPO.—*(Burlón.)*—Croak, croak, croak...

TELÓN

JORNADA TERCERA

Una explanada en la montaña. A foro derecha una
cueva. Es por la mañana, con sol.

ESCENA PRIMERA

*El LOBATO, echado sobre una peña, juega con
unas piedrecitas. La CORDERA, sentada,
trenzando un puñado de correas. El LOBO,
de pie a la entrada de la cueva, fumando su
pipa.*

CORDERA.—*(A media voz, cantando, pero sin
fijarse más que en su trabajo.)*

Lobo, lobo, lobo mío,
lobato de mi querer:
si naciste de cordera,
¿por qué lobo quieres ser...?

LOBO.—*(Sonriente: hablando.)*

También de lobo ha nacido...
¿por qué lobo no ha de ser...?

CORDERA.—*(Sonriéndole.)*—Lo será, porque
a eso le inclinas. ¿Qué haces?

LOBO.—Miraros... y oírte.

CORDERA.—¿Por qué no vas a traerme casta-